

Recuerdos

Modalidad: relato

Categoría: juvenil

En un pequeño pueblo, bañado por una intensa lluvia, se encontraba una niña, llorando. Sus lágrimas corrían sobre su rostro y se deslizaban por él hasta unirse al enorme torrente que formaban las aguas que recorrían la ciudad, perdiéndose para siempre entre ellas. Todos los habitantes del lugar se encontraban ya resguardados en el interior de sus viviendas, ajenos a aquella niña, al igual que ella era ajena a todos ellos y a aquella incesante lluvia, perdida entre sus recuerdos.

Recordaba todo lo que había tenido, todo aquello que nunca creyó tan valioso y cuya ausencia se volvía insoportable en el interior de su pecho.

Había algo, un recuerdo, uno de los que más la lastimaba dentro de todo aquello, uno de los que menos quería evocar y el que más presente estaba dentro de su mente, aquella imagen que, obstinadamente, se esforzaba por permanecer dentro de su cabeza.

Tampoco podría olvidar nunca el día en que se levantó y se acercó a la cocina, donde sus padres discutían en voz baja...

...

Alice se había despertado de buen humor, porque su madre le había prometido prepararle su desayuno favorito. Su hermano Adrien, de cinco años de edad, continuaba durmiendo plácidamente en la habitación contigua, como siempre hacía si le era posible.

Comenzó a bajar las escaleras, pero se detuvo a mitad, alertada por la conversación que sus padres mantenían en la cocina. Le extrañó mucho el tono de voz que empleaban, que denotaba miedo, angustia. Intentó captar el sentido de la conversación, pero no pudo conseguirlo. Preocupada ante la posibilidad de que su madre hubiese decidido no prepararle el desayuno que le había prometido la noche previa, Alice bajó corriendo el trecho de escalera que faltaba y se dirigió a la cocina. Se detuvo, en seco, ante el panorama que la recibió.

Sus padres se encontraban sentados en la mesa, con una carta y un periódico sobre ella. Su madre tenía el rostro cubierto de lágrimas de angustia, y su padre tenía un aire

demasiado solemne, que contrastaba en gran manera con el aspecto bonachón que solía aparentar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alice, sobrecogida.

Sus padres intercambiaron una mirada, tras la cual su padre se dirigió a ella:

—Es probable que tenga que ausentarme durante un tiempo —explicó, manteniendo todavía aquel aire solemne.

—¿A dónde vas a irte? —preguntó Alice, sin obtener respuesta—. Y, si es por tan poco tiempo, ¿por qué está mamá llorando así?

—Hay algunas cosas que no son tan simples de entender, sobre todo para una niña de tu edad, Alice —dijo su padre, evadiendo la pregunta.

—Ya tengo once años, y no me voy a callar hasta que me expliques esto porque...

—Han llamado a tu padre a filas —interrumpió su madre—, y no tenemos idea de cuándo va a volver. Alemania ha declarado la guerra.

...

Bastante tiempo más tarde, en un pequeño pueblo de España, Alice lloraba. La lluvia había parado hacía un buen rato, pero ella no parecía haberlo notado, mientras las lágrimas continuaban deslizándose sobre su rostro. Una mujer salió de una casa cercana, se acercó a Alice y le dijo algo en español, que ella no entendió. De todas formas, aquella mujer no podía hacer nada por ella, no podía ayudarla a luchar contra todos aquellos recuerdos, contra aquella imagen que seguía sin poder sacar de su mente, la imagen de la última vez que había visto a su madre...

...

Alice volvía de la escuela, pensando en el panorama que encontraría al volver a casa. Desde que su padre se había ido, hacía unos días, su madre no había vuelto a ser la misma. Siempre perdida en sus pensamientos, Isabelle ya casi no prestaba atención a sus hijos, y estos no habían visto una sola sonrisa en su rostro desde aquel funesto día.

Sin embargo, cuando Alice llegó a su casa, se encontró con algo muy distinto de lo que imaginaba. Su hermano abrazaba llorando a su madre, mientras su vecina, Claudine, intentaba separarlo de ella.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llora Adrien?

—Adrien y tú vais a pasar una temporada con Claudine, en un pueblo del sur —respondió Isabelle.

—¡No quiero irme! —sollozó Adrien—. ¿Por qué no vienes tú con nosotros?

—Tengo que quedarme en casa, a esperar a papá.

—¡Pues yo no quiero irme! —repitió Adrien.

Claudine lo separó de Isabelle y lo arrastró hasta su coche, que esperaba en la entrada.

—¡No quiero irme, no quiero irme! —gritaba, intentando volver con Isabelle, que lloraba también.

Alice se volvió hacia su madre, todavía sin terminar de asimilar la situación, y la abrazó con fuerza. Después, se dirigió lentamente al coche donde esperaban Adrien y Claudine y, antes de arrancar, miró por última vez a su madre, guardando por siempre aquella imagen, la de su rostro húmedo por las lágrimas, que parecía mostrar una desolación infinita.

Tiempo después, se preguntaría por qué no derramó una sola lágrima al separarse de su madre, por qué no lloró hasta que se encontró en aquel pequeño pueblo, tan lejos de todas aquellas cosas, tan lejos de todas aquellas personas a las que tanto había querido.

...

Alice volvió a la realidad. La mujer había regresado, acompañada de un hombre no muy alto, con el pelo de tonos grises, ropa bastante usada y una expresión amigable.

—¿Hablas francés? —preguntó el hombre en el mismo idioma, con un extraño acento.

Alice asintió, incapaz de hablar en mitad del llanto

—¿Estás bien? ¿Podemos ayudarte en algo? —volvió a preguntar el hombre. Alice negó con la cabeza.

—¿Vienes con tus padres o un familiar? ¿O algún amigo, tal vez? Volvió a negar con la cabeza.

—Si quieres puedes quedarte en mi casa, mientras los localizamos —ofreció el hombre—. Tengo un cuarto libre, que era de mi hijo y está vacío desde que él se mudó a la ciudad.

Alice asintió y, sin pronunciar una sola palabra, siguió al hombre hasta una sencilla casa, algo apartada de las demás. Entraron en la vivienda y el hombre la condujo hasta un pequeño cuarto, que contaba únicamente con una cama bastante reducida y un viejo armario.

—Dentro del armario hay ropa, puedes cambiarte si lo necesitas. Baja a cenar cuando quieras, estaré esperando.

Alice, sin embargo, se tumbó en la cama y continuó llorando, liberando todas aquellas lágrimas que no se había permitido derramar hasta entonces, y volvió de nuevo a sus recuerdos.

En ese momento, recordó aquel poco tiempo de tranquilidad que había vivido, un tiempo de paz en mitad de la tormenta, una paz inestable y débil, pero paz, al fin y al cabo.

...

Adrien corría por el campo cercano a un pequeño pueblo del sur de Francia, perseguido por Alice.

—¡Devuélveme mi peine! —gritaba Alice, a punto de alcanzar a su hermano.

—¡Tendrás que alcanzarme!

Alice llegó hasta su hermano y ambos rodaron sobre la hierba, peleándose amistosamente.

—¡La comida se está enfriando! —anunció Claudine, un poco más lejos.

Los niños se levantaron y la siguieron hasta la pequeña casa de campo donde estaban instalados.

...

Alguien llamaba a la puerta. Alice volvió a la realidad y se encontró con el hombre que la había acogido, que le hablaba de nuevo con aquel extraño acento:

—¿No quieres cenar?

Alice negó con la cabeza. No se sentía capaz de ingerir ningún tipo de alimento. El hombre se sentó en la cama junto a ella y continuó hablando:

—Creo que ni siquiera nos hemos presentado. Me llamo Fermín y trabajo en una granja cercana a esta casa. Mi padre era de Francia, y fue él quien me enseñó a hablar francés. Tengo un hijo de veinte años, que vive en la ciudad y no se pasa por aquí muy a menudo. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas? —al no obtener respuesta, continuó hablando— Ya veo que no eres muy habladora. Bueno, si no quieres cenar no tienes que hacerlo, pero yo que tú comería algo para tener energía para mañana, que voy a necesitar tu ayuda en la granja.

Dicho esto, salió del cuarto, cerrando la puerta tras de sí y dejando a Alice nuevamente sola entre sus recuerdos.

Alice nunca podría olvidar el rostro de su hermano la última vez que lo vio, aquella mirada sin vida, mirando hacia el infinito de la muerte. Aquella mirada que se le grabó a fuego en la memoria, aquella mirada que siempre había reflejado inocencia, alegría infantil, y que ahora estaba condenada a permanecer así, fría, distante, infinita, hasta el fin de los tiempos.

Pero se alejó de aquella mirada, no tenía fuerza para recordarla todavía. Volvió a perderse entre sus recuerdos, hasta llegar al de aquel día en que había descubierto lo falsa que era aquella felicidad que había vivido y de la que tanto había disfrutado.

...

Alice iba camino de la escuela, con Adrien tomado de la mano, cuando los vieron. Eran unos hombres de la Gestapo, de los que Claudine les había pedido alejarse, pero en aquel momento ninguno de los dos recordó aquella advertencia. Los hombres se dirigían hacia la casa de Rachel, una compañera de clase de Alice, que se llevaba muy bien con ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Adrien.

—Shhh. Espera.

Los oficiales llamaron a la casa, y la madre de Rachel salió a abrir. Su cara alegre se transformó en una máscara de terror al reconocer la procedencia de su visitante.

—¿Ne... Necesita a... algo? —tartamudeó.

—Necesito que usted y su familia me acompañen, por favor.

—¿Adónde va a llevarnos? ¿Es porque somos judíos, verdad?

—Haga el favor de salir acompañada de todos los miembros de su familia.

Entonces, el hombre descubrió a Alice y Adrien, que observaban la escena desde lejos, y les gritó:

—¡Fuera de aquí, mocosos!

Los niños salieron corriendo a todo lo que daban sus piernas y entraron a la escuela, como si nada hubiera ocurrido.

Alice nunca volvió a ver a Rachel ni a ningún otro miembro de su familia, y todo aquel mundo que había llegado a disfrutar se derrumbó ante sus ojos.

...

Alice se despertó al escuchar golpes en la puerta y la voz de Fermín:

—¡Es hora de levantarse! ¡Date prisa, que no tenemos todo el día!

Alice se levantó y se vistió con algo de ropa que encontró en el armario. Salió de la casa y se encontró con Fermín, que la llevó a una granja cercana.

Se pasaron todo el día trabajando, recogiendo huevos, limpiando establos y alimentando a los animales, haciendo una única parada para comer un poco. En todo aquel día, Alice no pronunció una sola palabra, y cada cierto tiempo una lágrima recorría sus mejillas. Al principio, Fermín intentó crear conversación, pero terminó resignándose y ambos trabajaron en silencio.

Una vez terminado el trabajo, Alice regresó a su habitación, se tumbó en su cama e inmediatamente volvió a su mente el día en el que descubrió el secreto de Claudine.

...

Claudine llevaba un tiempo actuando de manera extraña. Se la notaba angustiada, estresada, y regañaba a Alice y Adrien con frecuencia, incluso aunque estos no hubiesen hecho nada para merecerlo. Cuando Adrien hacía alusiones a su cambio de comportamiento, Claudine se enfadaba todavía más y respondía con evasivas.

Una noche en que le costaba conciliar el sueño, Alice escuchó los pasos de Claudine que bajaban por la escalera del sótano, al que había prohibido acceder a los niños, bajo el pretexto de que pudiera haber ratas con enfermedades. Alice, intrigada, fue sigilosamente hasta las escaleras y se asomó.

Claudine estaba abajo junto a un hombre al que Alice no recordaba haber visto nunca. Le había traído un plato de comida y hablaban en voz baja. Alice se arriesgó a bajar un pequeño trecho de escalera, para poder distinguir mejor al hombre, pero el ruido de sus pasos alertó a Claudine.

—¿Quién anda ahí?

Alice echó a correr y se metió en su cama, fingiendo no haberse levantado. Poco rato después, Claudine entró en la habitación, miró a su alrededor y volvió a salir, creyéndola dormida.

...

Los días transcurrían monótonamente en el pequeño pueblo del norte de España. Alice trabajaba obedientemente durante todo el día, llorando ya solo ocasionalmente, sin pronunciar aún una sola palabra. Y cada noche, volvía a sus recuerdos, perdiéndose nuevamente entre ellos, llorando hasta dejar la almohada empapada.

Fermín se hacía una idea bastante aproximada de la procedencia e historia de Alice, y había terminado por aceptar que esta tardaría un tiempo en conseguir volver a hablar, y que, hasta entonces, tal vez sería mejor dejarla llorar sus penas tranquila

Fermín también conocía un sufrimiento como el de Alice, había perdido a su esposa entre las bombas de la guerra civil y comprendía perfectamente que hay momentos en los

que se necesita estar solo. Por esta razón, actuaba como si el silencio de Alice fuese algo casi natural, y la dejaba llorar tranquilamente todas las noches, esperando que, un día, terminase de llorar su pena y pudiese convertirse en una niña normal.

Una noche, Alice no pudo evitar recordar el día en que comenzó su huida, el momento en que toda la paz se destruyó definitivamente, el momento en el que ella y Adrien perdieron la protección de Claudine.

...

Alguien golpeaba la puerta con fuerza, los golpes sonaban bastante fuerte en el interior de la casa, pero retumbaban en la mente de Claudine, en cada parte de su cuerpo, en su rostro, que reflejaba un pánico sin límites y la desesperación de quién sabe que ya no tiene escapatoria.

—¡Abra la puerta! ¡Sabemos a quién esconde, no puede engañarnos! —gritaba una voz masculina, desde el otro lado de la puerta— ¡Si no nos abre, tendremos que derribar la puerta!

—¡Voy, un segundo! —gritó Claudine, intentado, sin éxito, disimular aquel terrible pánico— Alice —susurró— sal con Adrien por la puerta trasera y alejaos lo más que podáis de este pueblo, hacia el sur. Intentad atravesar los Pirineos y llegar a España, allí estaréis a salvo.

Alice asintió y, sin mediar palabra, metió en una mochila algo de comida y se llevó de allí a Adrien, que, en medio de su desconcierto, no fue capaz de formular una sola pregunta.

...

Una mañana, Alice se levantó y vistió como acostumbraba, preparada para el trabajo en la granja. Al salir de su habitación; sin embargo, descubrió que tenían visita.

Se trataba de la misma mujer que le había hablado aquel día después de la tormenta, hacía ya casi seis meses. Conversaba con Fermín en voz baja, y Alice, que ya comprendía bastante mejor el español, pudo hacerse una idea bastante clara de lo que decían:

—¿Y piensas tenerla aquí para siempre, entonces?

—¿Qué quieres que haga, si no?

—Tal vez deberías llevarla a un orfanato, allí tendrán experiencia con niños que no quieran hablar, tal vez le quiten esa manía de una vez.

—¿Manía, dices? ¿Y tú qué sabes de lo que ha tenido que pasar esa niña?

—Yo también he pasado por momentos muy duros, perdí a dos hijos en la guerra y, aun así, seguí adelante, porque todavía quedaban otros dos. Dime, ¿qué cosa más terrible que perder a un hijo puede haberle ocurrido?

Alice no soportó más la conversación y corrió a su cuarto, llorando. «¿Es una manía, pues?», se preguntó. «¿Es una manía haberlo perdido todo, haber perdido a todas las personas que quise y que me quisieron?». En ese momento, Alice ya no pudo evadir más el recuerdo de la muerte de su hermano, de aquellos días que, sin dudarlo un instante, calificaría como los peores de su vida.

...

Después de la huida de casa de Claudine, comenzó el infierno. Alice y Adrien caminaban siempre hacia el sur, manteniendo el ritmo a toda costa, lo que llevaba a Alice a tener que cargar constantemente con Adrien, porque este no conseguía mantenerse en pie del cansancio. Solían dormir en la calle, a la intemperie, ya que rara vez alguien los acogía en su casa. Algunas personas les proporcionaban comida pero, de todas formas, ambos adelgazaron de manera muy alarmante.

Después de muchos días de camino, que ninguno de los dos se molestó en contar, llegaron a las faldas de los Pirineos, aquella enorme cordillera que se habían propuesto atravesar, esperando encontrar una vida algo mejor al otro lado.

Cerca de allí se encontraba una cabaña, a cuya puerta tocaron, con la esperanza de obtener algo de comida y refugio para pernoctar. Una mujer algo entrada en años les abrió la puerta, los acogió durante la noche y, tras comprender que no podría disuadir a Alice de su plan de cruzar los Pirineos, les dio algunas provisiones y les propuso acompañarlos la mitad del camino, para enseñarles el paso más seguro.

Adrien comenzó a toser casi desde el principio del camino, pero nadie le prestó demasiada atención, al igual que nadie se fijó tampoco en aquel color rojo sangre que aparecía en su tos cada vez con mayor frecuencia. Poco después de que la mujer los dejara, habiéndoles indicado el camino, Adrien empeoró. Fue entonces cuando Alice descubrió la sangre que expulsaba con cada estornudo, y comprendió que no había tiempo para regresar a la casa de la mujer que los había ayudado. Intentó cubrir a Adrien con toda la ropa que tenía, calentarlo con el calor de su propio cuerpo, a la vez que intentaba continuar avanzando, con la esperanza de conseguir llegar a tiempo.

—¿Voy a seguir enfermo mucho tiempo? —preguntó Adrien al día siguiente.

—No, no te preocupes, estoy segura de que vas a curarte muy pronto —contestó Alice, intentando sonar convincente.

Por la tarde, sin embargo, Adrien leyó en la cara de su hermana lo que esta intentaba ocultarle.

—¿Voy a morir, verdad? No vamos a conseguir llegar a España a tiempo.

Alice intentó negarlo, pero no tuvo fuerzas suficientes para luchar contra la realidad.

—Ya no sé qué más hacer, lo siento mucho —dijo Alice, abrazándolo—. No tengo idea de lo que voy a hacer sin ti, ¿sabes? Ya no tendré a quién perseguir para que me devuelva mis cosas, me voy a aburrir muchísimo.

Un ataque de tos repleto de sangre sacudió a Adrien, y, después de eso, se quedó inmóvil. Alice se separó de él, creyéndolo dormido y se topó con aquella mirada, aquella mirada tan triste, tan vacía, se topó con la mirada de la muerte.

Los días siguientes fueron muy confusos. Alice no se permitió llorar a su hermano, abandonó su cuerpo entre la nieve y avanzó incansablemente hasta terminar de cruzar los Pirineos. Una vez del otro lado, continuó caminando hasta un pueblo, en donde se sentó a descansar. Entonces comenzó a llover con fuerza, y Alice ya no fue capaz de contener su llanto. Lloró y lloró, recordando. Lloró por todas aquellas personas que había dejado atrás, gran parte de las cuales estarían probablemente muertas. Lloró por todo aquello que había tenido y que no volvería a tener, y se perdió entre sus recuerdos, entre todos aquellos terribles recuerdos que la martirizarían durante el resto de su vida, todos aquellos recuerdos a los que nunca podría dar la espalda del todo.